

Fotografía con una nota que dice: no volverás a ser niña

Salomé Cantillo Herrera

Profesional en Estudios Literarios, salocantillo@gmail.com

“Todo lo que es, procede de una confrontación y no perdura, puesto que se modifica a cada instante. La existencia más concreta se da en el encuentro, en la reunión o en el choque transitorio de las cosas. Tan atrás como queramos ir a ver, no hay origen si no es en dos cuerpos que se frotan”.

Pere Salabert

I

Hace unos años dejé de ver de lejos. Mejor dicho, no siempre he sido consciente de que solo puedo reconocer las cosas cuando las tengo muy cerca. Creo estar segura de que de niña veía muy bien; podía distinguir el rostro de mi abuela cuando ella aún estaba muy lejos. De niña también me inventaba otros rostros, de hombres grandes que me miraban en la oscuridad de una habitación de madera, en la casa de un pueblo frío. Eran rostros sin rasgos los que me contemplaban, y yo los veía de vuelta con esa mirada capaz de ver las cosas que no existen. Siempre me han dicho que tengo los ojos muy grandes, no desproporcionadamente grandes, sino “expresivos”; como de perrito chiquito. Es una lástima que mis ojos, que ocupan una parte considerable del rostro, sean de un color tan corriente, y no verdes, azules, grises o morados como los de la actriz aquella. Si fuera así podría conformarme con unos ojos, si no funcionales, por lo menos decorativos.

Empecé a tomar fotos con una cámara analógica sin saber muy bien qué estaba enfocando cuando disparaba. Me gustó la lentitud del revelado; me era ya familiar esa idea de esperar para poder ver algo. Para distinguirlo. Desde entonces le he tomado fotos sobre todo a la persona que creo haber contemplado con más detalle en el mundo. Casi siempre la tengo muy cerca. Esta foto, por ejemplo, me gusta:

En ella hay dos rostros que se encuentran: uno de un niño que ríe; el otro, de una mujer que está oculto por el cuerpo del niño; inmortalizado bajo

un gesto impreciso de igual plenitud. Así, casi que puede sostenerse que se trata de una segunda sonrisa. En realidad, la primera: la mujer que le sonrió al niño y lo hizo reír de vuelta sobre sus brazos. La sonrisa culpable que les arrebató las miradas de la cámara; que les evitó mirarme a mí también sonriendo.

De izquierda a derecha una marca del revelado aparece como si se tratara de una llama que crece. De un fuego exiguo y, aun así, amenazante que se abre camino dispuesto a consumir los dos rostros; la imagen. Para regresar tan solo a la blanca original, similar a la de la hoja en la que escribo: *esto es frágil*.

Eso es todo: la constatación del paso del tiempo.

El niño que cuando sea hombre contemplará esa foto, acaso sin recordar el nombre de la mujer que lo sostiene; que lo hizo sonreír prolongada y dulcemente como en una fantasía infantil. Que lo elevó en sus brazos como un triunfo: el triunfo de las cosas que se unen, que se frotan, que se chocan; y del amor como una promesa recién cumplida que debe ser contemplada.

El niño que ya es hombre mirará a la mujer que en ese instante amó. Que los dos amamos mientras los tres sonreíamos: una trinidad predecible. La mujer que no es su madre y que alguna vez fue, también, niña.



Archivo personal Salomé Cantillo Herrera

II

*“Escriba
Cualquier infancia tiene un pozo
Para ser frecuentado sin lanzarse”.*

Francisco Hernández

No tengo casi nada que contar sobre mi infancia, quizá porque fue una infancia feliz. A veces, sin embargo, llegan a mí, como una bandada de pájaros desorientados, ciertos instantes de los días en que fui niña: los balcones abiertos de una casa de madera en un pueblo, el olor a ropa guardada de mi abuela, la imagen del mar todos los años y la sensación de la sal en los ojos, la lengua hurgando entre los espacios de los dientes que acababa de mudar, los dedos entre el cabello húmedo de mi mamá, y la voz de fumador de mi papá que me llamaba como un Dios cauteloso: Salomé, no volverás a ser niña.

Miro la foto y me detengo, otra vez, en la sonrisa del niño que es mi hermano y que no se parece a mí en nada. Yo soy silenciosa y tímida; él, en cambio, es capaz de reír estridente con una mujer que apenas conoce. Miento, en eso nos parecemos mi hermano y yo: en que creímos reconocerla como un presagio antiguo.

Muchas veces he pensado en la mujer de la foto cuando era niña. Un recuerdo artificioso de su infancia me impregna la memoria. Me abriga bajo la constatación, como en un sueño lúcido, de que en un jardín lleno de niños con uniformes idénticos y con las caritas sucias la habría reconocido sin problemas.

(El amor y sus detalles).

Es ella, diría. La que se acerca caminando a mí como un robot porque tiene las rodillas raspadas, la del cabello oscuro y sudoroso, la que me habla del día en una voz y una lengua que solo yo conozco y que yo he inventado para nuestros encuentros —en esas memorias falsas de las dos niñas que nunca se vieron—.

Porque a la niña que fue la mujer en la foto nunca la escuché hablar, ni cantar, ni reír.

III

*“La certidumbre llega como un deslumbramiento
se existe por instantes de luz. O de tiniebla.
Lo demás son las horas, los telones de fondo,
el gris para el contraste. Lo demás es la nada.”*

Rafael Guillén

Amor, una cosa es cierta
No volverás a ser niña.
Crecerás,
Y conocerás la lluvia y su poder sobre los rostros

Aprenderás a entender a los hombres

Y el ladrido de los perros
A distinguir el vuelo de los pájaros
A esconderte como una mano cerrada con un
puñado de tierra.

Y recordarás la voz de tu mamá
—que envejecía con una velocidad que todavía te
asusta— diciéndote que el silencio es la virtud de
los pacientes.

Escucha:

Hablarás y hablarás
y hablarás sobre las cosas.
Pero, Amor, es cierto que
No volverás a ser niña
Ni siquiera cuando ames (volverás a ser niña)
Aunque regreses con el cabello sudado
con las rodillas raspadas
con las manos sucias

No volverás a ser niña

Y mirarás triste la fotografía
De un niño que te sonrío y no recuerda tu
nombre.

Eso es todo:
La infancia que se te escapa. ■

